

AMOR Y ETERNIDAD. LA FILOSOFIA IDEALISTA DE McTAGGART

PETER GEACH

En los países de habla inglesa, es muy probable que en los círculos filosóficos suene el nombre de McTaggart, aunque se suele conocer sólo un aspecto de su pensamiento filosófico. Se cuenta que en una ocasión la esposa del parco Presidente de Estados Unidos, Calvin Coolidge, le preguntó a su marido acerca de una homilía que éste acababa de escuchar, a lo que contestó lacónicamente: "Era sobre el pecado, y el predicador estaba en contra". Pues bien, sustituyendo la palabra "pecado" por la palabra "tiempo", llegamos a tener lo que la mayoría de los filósofos saben acerca de la filosofía de McTaggart.

McTaggart, ciertamente, negaba la realidad del tiempo, y la fama de su argumento de base es sobradamente merecida. Desde luego, a nadie le convence del todo este argumento, aunque Michael Dummett en Oxford y Hugh Mellor en Cambridge le han otorgado cierto apoyo. Siguen apareciendo refutaciones del argumento, y se han dado varias docenas de refutaciones desde que murió McTaggart en 1925. Sus autores están tan en desacuerdo los unos con los otros, como con el propio McTaggart. Este hecho coloca el argumento de McTaggart al mismo rango que las paradojas de Zenón acerca del movimiento, o al nivel del argumento de San Anselmo en el *Proslogion*. El argumento, además, puede discutirse al margen de su papel dentro del sistema de McTaggart, porque lo publicó primero en un artículo aparte, y así se mantiene, o se viene abajo, por su propio peso. Es una pena, con todo, que el resto de su *The Nature of Existence* siga siendo un territorio desconocido para la mayoría de la gente, pues constituye una *terra incognita* que bien merece explorarse.

El pensamiento de McTaggart tenía una raíz doble: el racionalismo y el misticismo. Había sido educado en la tradición del racionalismo victoriano; fue expulsado de una escuela por argumentar en contra del Credo de los Apóstoles, y la religión que encontró en otra escuela,

una mezcla de modernismo y de cristianismo atlético, no pudo gustar ni a su cabeza ni a su corazón, así que siguió siendo ateo. Era también racionalista en el mismo sentido que decimos que eran filósofos racionalistas Descartes, Spinoza, Leibniz, etc.; utilizaba el método de formar ideas claras y distintas, intuía los principios evidentes y deducía sus consecuencias sin temor. Existe un fuerte parentesco entre *The Nature of Existence*, de McTaggart, y *The Principles of Mathematics*, de Bertrand Russell.

Así era el método de McTaggart; pero su inspiración, no obstante, era mística. De vez en cuando, era tocado por alguna experiencia que le daba una convicción total acerca de la naturaleza de la realidad: la convicción de que la realidad no es más que un sistema de personas que se conocen perfectamente y se aman completamente. McTaggart era como un colegial ante un ejercicio de matemáticas, que ya había visto la respuesta al final del libro: si hacía bien la suma, entonces sin duda alguna esta aplicación del método racional daría con la respuesta allí apuntada. A esta tarea se dedicó a lo largo de su dilatada vida en Trinity College, Cambridge, entre 1891 y 1925. Aunque su obra maestra careciera de una última revisión cuando murió, él se fué con la convicción de que la tarea era completa en su esencia; su visión mística le satisfacía a él, pero reconocía que otros que no tuvieran dicha visión, serían capaces de aceptarla en cuanto a su veracidad, sólo por medio de una demostración racional.

Los problemas de la metafísica —según McTaggart— no son abstractos sino sumamente concretos. La apariencia actual de las cosas sugiere que cuando muere un hombre, ya se acabó ese hombre; y sin embargo muchas personas humanas creen que esta apariencia es falsa, que es posible y aún seguro que el hombre vivirá tras la muerte. Los hombres pueden desembarazarse negligentemente de este problema, pero ello no destruye su importancia de la misma manera que la insensatez del borracho con respecto al daño que se hace a sí mismo, no refuta las doctrinas médicas.

Consideremos ahora lo que McTaggart quería decir con la palabra tremendamente ambigua, "amor". Como siempre, McTaggart ha trabajado valientemente para hacerse entender. Para él, el amor se dirige hacia otra persona (hacia un individuo; por mucho que McTaggart valorara el patriotismo, jamás hubiese hablado de *amor* hacia el país de uno). McTaggart distinguía el amor de la benevolencia y la simpatía; uno puede, hasta cierto punto, simpatizar con el sufrimiento del enemigo, si el odio que siente hacia él no es demasiado intenso, y

cierto grado de malevolencia y de crueldad es compatible con el amor. McTaggart no compartía el planteamiento de que habíamos que amar a todo el mundo, o por lo menos a todas las personas conocidas, y a todos por igual. A veces se predica este planteamiento como si fuera cristiano, pero ello es un error en mi opinión. Dios, se nos dice, ama a todos los hombres por igual, y hemos de intentar imitar este modelo. En esto estoy de acuerdo con Santo Tomás de Aquino: Dios, claramente, no ama a todos los seres humanos por igual; otorga una mayor cantidad de gracia y de gloria al hombre Jesucristo, que a cualquier mera criatura, y una mayor gracia a un particular santo, que a otro; y nosotros los hombres no hemos de amar a todos por igual (como dijo Aristóteles, esto nos traería sólo una amabilidad diluida *ὑδαρῆς φιλία*), sino que debemos observar lo que Santo Tomás llama el *ordo caritatis*.

Volviendo a McTaggart, lo encontramos insistiendo en que las personas son de la máxima importancia, y en que el amor se dirige hacia la persona en cuanto tal, y no en cuanto a sus características. No hay que despreciar el amor si es *causado* por algún hecho trivial que tiene que ver con la persona amada; un hombre cuyo asunto amoroso prospera con una mujer no ha de ser censurado si aquél descubre que sus primeras impresiones acerca de ella eran equivocadas de alguna manera, aunque la siga amando. Esta doctrina, que dice que lo que importa son las personas y el amor hacia las personas, sitúa a McTaggart muy al margen del idealismo corriente que se daba en la Inglaterra de su tiempo. Uno de aquellos idealistas, Bernard Bosanquet, escribió un libro voluminoso sobre *The Value and Destiny of the Individual*, pero para él los individuos humanos importan poco en comparación con el Estado al que han de servir. En general, para aquellos hombres, el Estado era objeto de *latría*. La adoración del Estado iba aún más lejos en Bradley, por lo menos en la brutalidad de sus expresiones que en Bosanquet; Bradley afirmaba explícitamente que el Estado tenía el derecho a castigar o matar a cualquiera de sus miembros según su propia voluntad; contra esto no cabía ni la apelación a la providencia divina, ni a la justicia o a la misericordia. Teníamos que admitir —dice Bradley— que somos todos adultos y así darnos cuenta de que el Estado es su propia Providencia. No cabe, pues, ajuste de cuentas entre el Estado y ninguno de sus miembros; y la apelación a la clemencia no es más que un "sentimentalismo lloriqueante". Todo esto le repugnaba tremendamente a McTaggart; según su propia filosofía, el Estado no es más

que un arreglo provisional, mientras que sus llamados miembros son personas inmortales que sobreviven al Estado.

La condición del amor, dice McTaggart, es la conciencia intensa de la unión con otra persona. Esta condición siempre es necesaria y McTaggart mantiene que es también *suficiente* si la unión se aproxima bastante y es percibida como tal. Aún cuando las características de la otra persona son extremadamente repulsivas, puede surgir el amor si se da tal apreciación de unión; véase la frase de Baudelaire: *C'est tout mon sang, ce poison noir!* Así que McTaggart mantiene que si las personas tienen una percepción perfectamente clara y distinta los unos de los otros, entonces se tenían que amar y que la presencia de este amor supremo ha de excluir los males de nuestra existencia presente.

La experiencia presente, no obstante, está ahí, y sus males no pueden negarse; el gran esfuerzo de la labor de McTaggart es el de reconciliar este hecho con el amor que para él es una realidad absoluta. Procedo ahora a desglosar la doctrina McTaggartiana sobre el tiempo y la eternidad. No es posible, dentro de los límites de esta lección, dar ni siquiera un esbozo de las razones de McTaggart cara a su negación de la realidad del tiempo. Como habrán podido comprender, yo las encuentro profundas, y la dificultad de responder adecuadamente a esas razones queda manifiesta por la variedad de las refutaciones que se han intentado a lo largo de estos años. McTaggart utilizaba este resultado como base social de su ateísmo. El teísmo clásico (no sólo en su forma cristiana) distingue entre el Dios eterno y el mundo temporal, su criatura, que El ordena en su Providencia; si el tiempo es irreal, entonces no puede haber ni creación ni providencia, y por lo tanto no puede haber tampoco aquel Dios del teísmo clásico. Una filosofía de la religión reciente propone un concepto de "proceso" acerca de la misma Naturaleza Divina; a McTaggart no le hubiera gustado en absoluto esta visión de la deidad. Este planteamiento, de todos modos, no puede ser verdadero, si el tiempo es irreal; y aún descartando esto, la deidad en proceso no sería más que una parte, ciertamente una parte preeminente, de aquel complejo de cosas mutables e interrelacionadas que llamamos el Mundo. La pregunta burlona, "¿Quién, pues, hizo a Dios?", puede ser descartada razonablemente por aquel que cree en un Dios eterno, pero no por aquel que adora una deidad-en-proceso. Los interrogantes acerca de la causalidad y de los orígenes no pueden silenciarse en torno a un ser mutable.

A mí me parece que McTaggart era más perspicaz sobre este parti-

cular, que muchos autores cristianos. Es frecuente encontrarse con personas que escriben vagamente sobre la realidad del tiempo: ¡hay tal realidad desde el punto de vista humano, pero no según que Dios ve las cosas! Pero, a no ser que Dios sea capaz de la ignorancia y del error (¡un punto de vista que los teólogos del Dios-en-proceso, a lo mejor, no descartarían!), tal como ve Dios las cosas, es como *son* las cosas, simplemente; así que si Dios ve las cosas al margen del tiempo, entonces las cosas no están en el tiempo. Y luego el tiempo es una ilusión y —diría McTaggart— Dios no existe. La apariencia de esta ambigüedad en autores tales como C.S. Lewis y Dorothy Sayers muestra que no estaban de acuerdo con la insistencia socrática de McTaggart, de seguir el argumento en cualquier dirección y al fin.

McTaggart, no obstante, no era un hombre dispuesto a sacar partido de una argumentación injusta. Rechazó implícitamente la inferencia de que si este mundo es hechura de un Dios bueno, entonces ha de ser el mejor de los mundos concebibles, porque dice explícitamente que, por cualquier mundo que concibamos, siempre cabe concebir otro mundo mejor. Aún si fuéramos todo lo bueno que fuésemos capaces de ser, siempre cabe que haga aún más personas; y por mucho que seamos sabios y afectuosos y felices, siempre cabe que seamos más sabios, más afectuosos y más felices. Es triste ver cómo la inferencia desde Dios hacia el mejor de los mundos concebibles, una inferencia inválida, aparece con tanta frecuencia en los artículos de hoy: o es utilizada por los teístas que luego intentan desesperadamente demostrar que este mundo *es* el mejor de los mundos, a pesar de las apariencias, o bien, al revés, la utilizan los ateos para demostrar que Dios no existe, dados los males del mundo tal como es.

La idea de McTaggart sobre la eternidad no giraba en torno a la mera ausencia de la temporalidad; más bien, es capaz de expresarse, al estilo de Boecio, mediante la frase: "la posesión completa y simultánea de la vida sin fin". Nuestra experiencia presente ha de ser, realmente, atemporal, si el tiempo es irreal, pero sea como fuere no responde al relato boeciano de la vida eterna. Y cada experiencia en la vida de uno, parece excluir de sí las experiencias que la preceden y la siguen —como las diferentes partes de una única línea— y ciertamente parece excluir una experiencia de la eternidad. Esto, decía McTaggart, constituye el verdadero núcleo de la gran ilusión del tiempo: porque en realidad las experiencias que aparecen como sucesivas no son mutuamente exclusivas. Por lo contrario, cada experiencia *incluye* las experiencias que la preceden. Esta idea es oscura,

pero yo tiendo a pensar que es una aberración de una verdad de difícil expresión, porque una idea parecida se encuentra en pensadores que *no* negaban la realidad del tiempo, por ejemplo, Bergson y William James. McTaggart desarrolla esta idea de la inclusión, en ejemplos que versan sobre magnitudes intensivas; una luz más tenue o un sonido más suave quedan, de algún modo, contenidos o envueltos en la luz de mayor intensidad o en el sonido más fuerte (de la misma claridad) que los sucede —sin que por ello venga añadida una *parte* individual a la luz o al sonido ya existentes—. Esta es la relación, dice McTaggart, que existe entre las experiencias sucesivas de cada individuo; las que aparecen como posteriores en el tiempo incluyen aquellas que aparecen como anteriores, porque son *intensivamente* mayores, con respecto a una magnitud que no podemos percibir directamente en nuestra experiencia actual. Por supuesto, no es un absurdo suponer, en una teoría, una magnitud imperceptible e intensiva. Alterando un poco los términos de McTaggart, llamemos esta magnitud "Magnitud-D". Un estado de la experiencia presente de una persona no puede *representarse* como diferentes de estados "previos" por tener una mayor Magnitud-D, y de los "siguientes" estados, por tener menos Magnitud-D, porque la ilusión del tiempo requiere que cada experiencia *se represente a sí misma*, no como tal con la inclusión de estados de menor Magnitud-D, siendo incluido por estados de mayor Magnitud-D, sino como un estado *separado* en su contenido, respecto de los estados anteriores y posteriores. Cada estado —mantenía McTaggart— no puede ser *distinto* de aquellos otros estados, a no ser que *se represente mal*, como *desunido en cuanto a su contenido*. Esto explica por qué en la experiencia presente la Magnitud-D no es capaz de ser observada y tan sólo puede ser inferida teóricamente.

Pero aparte de estos estados dilusorios, cada uno de nosotros *también* posee un estado de percepción conscientemente eterno. San Juan dice, a la vez, que "Poseemos la vida eterna", y que "Queda por manifestarse lo que seremos". En varias ocasiones se refiere McTaggart a la Primera Epístola de San Juan. El mantenía que podía a la vez abrazar y explicar la paradoja de la Epístola, el choque aparente entre "Poseemos" y "Seremos". El estado eterno consciente (que a veces McTaggart llama 'el Cielo') es, y se representa como tal, un estado que incluye todas las experiencias presentes de una misma persona; son "percepciones fragmentarias" precisamente porque se quedan cortas con respecto a la Magnitud-D completa de la percepción celestial. Pero mientras que los estados de la experiencia presente de

un individuo deben representarse mal como siendo *separados* los unos de los otros, y con respecto al estado celestial, para llegar a ser estados de percepción *distintos* (de hecho son distintos, pero no separados de hecho), el estado celestial *no tiene por qué* representar mal aquellos otros estados para poder ser distinto de ellos, ya que el error contenido en cada estado tal, es suficiente como para distinguirlo del estado celestial, y viceversa.

Ahora bien, dado que el estado celestial supera cada uno de los estados de la experiencia presente en cuanto a la Magnitud-D, se mantiene en la misma relación con respecto a la experiencia de hoy, que la que mantiene con ella la experiencia de mañana. El Cielo no es, en realidad, un futuro (ya que el tiempo no es real), sino "tan futuro como lo es el desayuno de mañana". Los típicos idealistas británicos tenían un punto de vista *snob* acerca de una religión para la cual era vital la esperanza en el futuro; McTaggart mantenía una actitud contraria —y decía que había mostrado cómo se pueden reconciliar el "Posemos" y el "Seremos" de San Juan.

La naturaleza de la vida en el Cielo es la de una vida de amor perfecto.

"Sabemos que se trata de un estado de amor sin tiempo y sin fin — de un amor tan directo, tan íntimo y tan poderoso que incluso el místico más profundo sólo es capaz de darnos un mínimo atisbo de su perfección. Sabemos que no conoceremos más que a los que amamos, y a los que éstos aman, y a nosotros mismos como sus amantes, y sólo en esto buscaremos y hallaremos satisfacción" (*The Nature of Existence*, § 931).

McTaggart mantenía que la esperanza firme y confiada en alcanzar un Cielo *así* concebido era capaz de satisfacer los anhelos del corazón humano que falsamente quedaba gratificado por el amor hacia un Dios imaginario. Y la vida del filósofo concordaba con su pensamiento: McTaggart fue un hijo y hermano afectivo, un marido fiel y amoroso, un amigo leal y comprensivo para muchas personas de muy diversa procedencia. A mí me parece que el fallo en la idea de McTaggart sobre la visión beatífica reside en el hecho de que uno no puede creer, en última instancia, que las personas como nosotros, o incluso los ángeles, seamos capaces de ser beatificados meramente por percibir y amarnos perfectamente *los unos a los otros*; los espejos que se reflejan los unos a los otros necesariamente permanecen oscuros mientras no haya una fuente de luz.

También me resulta extraño que McTaggart aceptara, sin duda al-

guna, la idea de que si Dios existe, ha de ser una persona Divina, una Persona capaz —a no ser que decidiera crear— para "vivir y amar solo", como lo expresa cierto himno (no muy bueno, por cierto). En su otra gran obra, *Some Dogmas of Religion*, McTaggart subraya lo difícil que nos resulta concebir una Persona sin la existencia de Otra; y sobre su punto de vista acerca del amor, mantiene que una persona solitaria no puede amar (¡a no ser, de hecho, que esa persona pensara, *ilusoriamente*, que existe otra persona a quien amar!). Es raro que McTaggart no estableciera ningún contacto intelectual con la doctrina cristiana que proclama la Trinidad de Personas Divinas en una vida eterna de amor mutuo, en torno a los cuales se puede afirmar perfectamente que en el Cielo "no conoceremos más que a los que amamos, y a los que éstos aman, y a nosotros mismos como sus amantes". Ciertamente en los círculos en los que se movía McTaggart, se infiltraron muy extrañas perversiones de la doctrina cristiana; uno de sus colegas en Cambridge, C.D. Broad, escribió en una ocasión que él entendía que el Padre es más Persona que el Hijo en cierto sentido (utilizó la comparación de una esfera y un círculo), y que el Espíritu Santo no es, ni siquiera!, una Persona. Es difícil aventurarse con alguna idea de cómo hubiese reaccionado McTaggart ante una presentación sincera de la doctrina ortodoxa. En las postrimerías de su vida, dijo que "Cuanto más vivo, más me convengo de la realidad de tres cosas: la verdad, el amor y la inmortalidad". Esperemos que McTaggart haya encontrado, por fin, la Verdad que tanto buscó a lo largo de su vida.